

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

2 ptas.

TRIMESTRE

EL LIBERAL

TODA
LA
CORRESPONDENCIA
AL
DIRECTOR

ORGANO DEL PARTIDO ROMANONISTA DE LA PROVINCIA

APARECERÁ LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

— — — REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: CÍRCULO LIBERAL — — —

En plena normalidad

España, perturbada en la médula misma de su vida interna aun no hace muchos días ha entrado de lleno en una plena normalidad.

Los Cuerpos de Correos y Telégrafos, el de empleados de Hacienda, y todos aquellos otros organismos burocráticos que ya empezaban a sentir la necesidad de manifestar su malestar, cuando no su indignación, han vuelto en el día de hoy a la calma, al trabajo, con tanto calor, ímpetu y entusiasmo como salieron de él hace unos días. El país entero goza de bienhechora sensación sedativa, tanto más necesaria cuanto había alcanzado el máximo de la exaltación.

No podía ser otra cosa. A la actitud levantada de nuestros prohombres políticos forzosamente había de corresponder esta vuelta a la normalidad. Sin esa relación de premisas a consecuencias hubiera dado el país una nota de absoluta discordancia y carencia de sentido social.

Ha acogido la opinión pública al nuevo Gobierno, en el que no hay colores políticos, ni programas, ni siquiera partidismos, con júbilo precisamente porque respondía a una necesidad del alma nacional: la de olvidarnos de los intereses mezquinos y de las mismas convicciones políticas, para atender solamente a la apremiante necesidad de solucionar los problemas vitales de la patria.

El Gobierno, ya lo ha dicho, se ha formado para esto y por esto. Su programa no puede ser ni más sucinto ni más trascendental. Se trata de volver a su cauce normal la vida del pueblo español; se trata de inaugurar una nueva vida pública, a base del esfuerzo de todos y cada uno y con el acicate único del patriotismo.

La obra ha comenzado. Los vótores, las aclamaciones de ayer no eran ficticios. Desde el primero al último de los ciudadanos, anhela-

ban todos la vuelta a la normalidad, y en cuanto ello ha sido posible se ha llevado a efecto, para bien del interés público.

Este primer éxito estaba descontado; pero no por eso debe regocijarnos menos. Sin él toda la obra propuesta hubiera venido al suelo, porque la base de la nueva política no podía ser otra que la vuelta a la normalidad. Con ello hemos ganado bastante, llevando a los espíritus la necesaria tranquilidad y dando lugar a que en breve plazo puedan convertirse en realidades todos los justos anhelos expuestos febrilmente durante los pasados días.

EL ACTA DE NULES

En *El Liberal* de Madrid del día 25 de Marzo, leemos lo siguiente:

«Por la compra de votos

Los dictámenes del Supremo

Si nuestros informes no son equivocados, además de las actas anuladas por el Tribunal Supremo, había sido redactado el informe proponiendo también la nulidad en el expediente electoral de Nules.

Sabido es públicamente que no ha presidido, al parecer, la mayor legalidad en esta elección. Se ha hablado de sumas cuantiosas para la adquisición de esta acta y el hecho cierto es que en varios Juzgados del distrito se instruyen procesos por compra de votos.

Si el Tribunal Supremo ha vuelto de su acuerdo y ha propuesto la proclamación del candidato que apareció triunfante, claro está que no habrá visto prueba suficiente. Pero como de todos modos subsiste la duda y en el expediente, según se nos afirma, los razonamientos alegados son de una fuerza extraordinaria, no estaría de más que el Gobierno, en el caso del acta de Nules (y en aquellos semejantes) dejase en libertad a los diputados para que procediesen según su conciencia al votarse el dictamen del alto Tribunal.»

Somos del mismo parecer que el colega madrileño. Hechos como los del distrito de Nules, no deben quedar impunes, al menos por el buen parecer de la Justicia.

HACIA EL FIN DE LA CATÁSTROFE

¿Vencerán los ideales de Wilson?

La brutalidad de la violencia se ha manifestado como nunca en las últimas embestidas alemanas. Han callado las notas de la diplomacia para que digan la última palabra los cañones. Los nuevos sacrificios de vidas precipitan el advenimiento de la paz.

No ha desaparecido el odio formidable que separa a sus contendientes. El ha hecho que avancen los alemanes en masas compactas para que sea imposible su contención y que se apresten a sucumbir millares de jóvenes por una y otra parte, sin que el imperio del kaiser haya pensado en el ahorro de existencias que representaría un conato de transacción, una promesa formal de acceder, en parte, a las justas pretensiones de los aliados.

Sería horroroso que las matanzas de estos días fueran estériles para la causa de la justicia y del derecho. Si por ellas hemos de llegar a la restauración del orden, a la devolución a los pueblos de su autonomía, al recobro de la tranquilidad, al imperio de la democracia en las naciones libres, a la extinción del peligro militarista, a la sociedad de las naciones, la sangre derramada dejará en los campos de combate gérmenes de grandeza.

Todas esas aspiraciones valen la pena de que los pueblos que no sucumben al peso de un despotismo medioeval agoten la resistencia y exijan a sus ciudadanos abnegación para morir.

La frase de Fichte «los soldados mueren para que sus demás compatriotas vivan» pueden ya repetirla todos los labios en todas las latitudes. La existencia de mañana pide como precio la renuncia a la vida de hoy.

No serían perdurables los pueblos si sus hijos no sometieran la inclinación natural del instinto del vivir a la necesidad de que la patria no perezca nunca.

Y cuando en una guerra están en litigio la causa y la razón del progreso y la victoria de los enemigos de la justicia es una amenaza de disolución y de libertad para las naciones libres, el es-

fuerzo debe corresponder a la incalculable magnitud de lo que se arriesga.

Los cañones alemanes quieren decidir la crisis de la civilización. Dentro de pocos días, de pocas semanas o de pocos meses será imposible la prosecución de la lucha. No caerán inermes y vencidos todos los pueblos ante la terca obstinación de los imperios centrales.

Suceda lo que suceda, la Humanidad no padecerá el oprobio de que la suerte definitiva se ponga de parte de la injusticia y prevalezca a la postre contra la razón. La causa de la Humanidad es la que defienden los aliados.

Si diésemos crédito a los providencialistas que creen que el dedo de Dios señala el itinerario de la grandeza o de la decadencia y desaparición de las naciones, propenderíamos, por la indeclinable atracción que deben ejercer sobre todos los espíritus principios que parecen indestructibles, a la afirmación absoluta de que el final de la tremenda catástrofe señalará el triunfo de los ideales concretados por Wilson.

CRONICA

PASCUA DE RESURRECCION

Después de una semana de tristeza y de recogimiento, una semana de pasión, aparece el domingo de Pascua con sus resplandores de gloria.

La alegría vuelve a los corazones, el alma se inunda de regocijo y todo el orbe católico se extremece de júbilo en la conmemoración de la grandiosa efeméride que desde la cumbre santificada del Gólgota, alumbró potente y salvadora a las sociedades a través de los siglos.

La iglesia celebra la resurrección de Jesús, el Hijo de Dios, de aquel hombre humilde y extraordinario de la Judea que con sus admirables doctrinas cambió la faz del mundo; y después de sufrir el martirio horrendo, supo morir resignado en el afrentoso suplicio de la cruz por la redención del género humano.

La fecha memorable coincide cada año con la aparición de la bella Primavera, reverdeciendo los campos, con el hermoso despertar de la Naturaleza que apunta sus galas, anunciándonos el triunfo de la vida con su impetuosa irrupción.

Tras los días luctuosos de Jueves y Viernes Santos, viene la Pascua, como una bendición, sonriente, victoriosa, con sus efluvios primaverales, a borrar de nuestros espíritus las huellas que dejaron la tristeza y la melancolía de

las largas semanas de Cuaresma, divino simbolismo que repetido sinceramente uno y otro año, nos revela la eterna verdad.

Se suceden las Pascuas, se renueva galana la Natura, repite el glorioso *Resurrexit!* nuestra religión, en todas partes se reciben palpitaciones de vida.

La gran tragedia cristiana fructificó en los corazones.

La sangre vertida por el fruto, fecundó la tierra, preparándola para el advenimiento de una nueva vida.

He ahí la vieja verdad simbólica de la Pascua.

Nuestra tragedia no ha llegado todavía al fondo del alma, alumbrándola benéfica como un rayo de sol.

La desdicha de nuestra patria no ha fecundado aun nuestra conciencia, sacudiéndola para preparar el día venturoso de nuestro despertar.

No hay razones ni simbolismos que valgan.

Nada nos dice nuestra desgracia.

Solamente nos acordamos de ella para lamentarnos como viejas planideras, pero nunca llega el acto viril de la colectividad, para poner fin al suplicio de la patria, que en la cumbre del dolor, clama desfallecida contra el abandono de sus hijos.

NOTAS POLITICAS

PROPOSITOS DEL GOBIERNO

Hay el decidido propósito de llevar a toda prisa la discusión y aprobación de las actas tanto en una como en otra Cámara, a fin de que pueda quedar constituido con toda urgencia y en condiciones de funcionar el Parlamento. Claro es que se ha desistido del deseo expresado por los reformistas y que compartía alguna otra minoría, de que se diera el carácter de permanente a las sesiones del Congreso para que éste se constituyera como asamblea legislativa con todas sus prerrogativas soberanas en un plazo más de horas, casi, que de días. Ahora ese apremio, no sólo es inoportuno sino que además resulta irrealizable y es imposible de realizar, porque en el Tribunal Supremo hay una enorme cantidad de actas protestadas y según la ley electoral dicho Tribunal tiene un plazo de un mes para dictaminarlas; y precisamente son esas actas las que después se discuten larga y calurosamente en la Cámara. Ahora bien, lo que parece cosa ya resuelta es que no se espere, como en las legislaturas anteriores, a que estén todas las actas discutidas y aprobadas para proceder a la constitución definitiva del Congreso de diputados. Cuando se tenga ya el número suficiente de actas aprobadas, la Cámara popular se constituirá inmediatamente. Es natural esa urgencia. El Gobierno aspira a que no siga pasando estérilmente el tiempo y tiende a que se haga obra legislativa útil en las Cortes. Ante todo se procura una pacificación completa de los espíritus. De ahí el programa expuesto en la breve declaración ministerial.

Con la amnistía se apaciguarán las exaltaciones de los elementos de las izquierdas, los cuales recobrarán la serenidad perdida en este borrón de las cuentas atrasadas y se empeñarán den-

tro de la legalidad por defender más reformas en la legislación social, dando de lado, por estériles, a las apasionadas contiendas políticas.

Las reformas militares saldrán acaso, en una sola sesión parlamentaria, reconocida la justicia de la petición y reconocida su importancia técnica. Todo serán facilidades para el crédito necesario a su dotación.

También se atenderá a mejorar económicamente algunos servicios públicos que no funcionan bien, por la falta de personal y de material, aunque este extremo no figura en la declaración ministerial escrita. A él aludió como compromiso gubernamental en su discurso de presentación en el Congreso el presidente del Consejo de ministros. Sobre autoridad y competencia al nuevo gobierno para llevar a cabo una fecunda labor legislativa, pues dada su composición no viene a hacer política de partido, y por tanto, consagrará todas sus iniciativas, que serán muchas y sus energías, que son probadas, a la tarea de resolver los problemas que tienen un carácter verdaderamente nacional, dando de lado a las disputas menudas, que son las que esterilizan la acción de las Cortes españolas.

Aun cuando no ha hecho el Gobierno una declaración oficial ni oficiosa, hay la certidumbre de que no abandonará la política económica iniciada con la negociación de los convenios comerciales, y se da como seguro que se abordará esta cuestión, haciéndose una afirmación ministerial que calme la ansiedad de las clases productoras españolas.

Entretanto, el convenio comercial con los Estados Unidos, que por resolución del Gobierno de Washington estableció la antelación de los otros, está supeditado a que se concierten y ratifiquen previamente los convenios en tramitación con Inglaterra, Italia y Francia. El convenio francoespañol está ultimado en la parte económica, pero tropieza con dificultades en la parte financiera. Así se da el caso de que mientras los industriales y los agricultores piden que se lleve a prisa la ratificación para exportar los productos nacionales por la vía terrestre, que es en estos momentos la más expedita, y sobre todo la más segura, el consorcio de los banqueros sigue deliberando sin llegar todavía a un acuerdo definitivo.

El nuevo Gobierno, según informes que tenemos, persiste en la política emprendida con esta orientación de asegurar nuestro intercambio comercial, en esa política económica que inició con acierto el conde de Romanones en las postrimerías de su gobierno, que no repudiaron sus sucesores el Sr. Dato y el marqués de Alhucemas, y que interrumpida un momento, reanudó el Gobierno de concentración, que después de hacer unas elecciones generales, dejó como obra gubernamental esa labor de los convenios comerciales, muy adelantada y en camino de realizarse.

En esa cuestión se ha prescindido de significaciones políticas y de simpatías internacionales, mirándose exclusivamente el interés supremo del país, ya que todo el mundo sabe que éste no puede aislarse hasta la asfixia, ni interrumpirse su vida de relación, cortando

de golpe y en absoluto el tráfico mercantil.

El cambio de ministerio ha hecho surgir dudas por la suerte que pueda correr esa política económica ya iniciada y en vías de realización. Ya se han acercado al gobierno para reproducir la súplica de que haya una solución de continuidad en esa obra política y las impresiones recogidas son satisfactorias, con lo cual se lleva la confianza a los industriales y a los agricultores que necesitan exportar e importar, a fin de mantener sin quebranto la riqueza nacional.

COTIDIANAS

Cuando se llega a ciertas alluras, el sentido de la responsabilidad es muy grande. No cabe subir hasta ellas sin llevar consigo un caudal de energía con que desposeerse de las pequeñeces de la vida. Ya en un plano elevado, ¡ay del que no advierte como el horizonte se espacia, como se borran los pormenores insignificantes y sólo quedan dominadoras las grandes líneas! Desde las altas cumbres las ondulaciones del terreno bajo, los oteruelos y montículos se aplanan; hasta allí no llega el rumor de los comodreos y un gran silencio se hace como si en tal lugar sólo cupiera vivir pensando en relación con la magnitud del espectáculo que se abarca.

Entonces se echa de ver que restau invisibles las zarzas, que no se distinguen los espinos punzantes, que todo lo molesto de la áspera caminata parece que haya desaparecido. ¡Ay del que, así que se encuentra arriba, se entretiene en querer averiguar en qué parte cae la maraña de plantas espinosas que le hizo sangre cuando emprendía la ascensión! Ese no es merecedor de haber alcanzado la cima deseada, porque la molestia recibida se le antoja mayor que la amplia y magnífica visión que se brinda a sus ojos, los cuales buscan lo ruin en el conjunto de maravillas.

Para el que así es, llegar a los picos de la serrería es tiempo perdido para sí y para el prójimo. En vez de despojarse de su pobreza de ánimo, se mantiene en ella con mayor ahinco. Se halla cerca de las nubes, pero aun le atraen las cosas de ras de tierra. El espacio por donde la mirada no llegará a saciarse, no le renueva el corazón, no le mueve a mirar como despreciable esa multitud de cosas con que se tropieza por la vida.

Cuando se está en lo alto, el mundo se ha de ver de otra manera: por sobre de lo que permanece en nivel más bajo se ha de poner la aspiración purificadora que le libre a uno de caer espiritualmente, allá, desde donde se emprendió la ascensión penosa.

La realidad es muy otra cuando desde abajo solamente se mira a un sector de la vida, o cuando en una esfera superior se domina una extensión más dilatada, dentro de la cual aquel sector queda como aspecto particularísimo y reducido por ser de mucha mayor trascendencia lo que de momento se impone categórico con carácter general, que a todos importa, pues es su defensa y salvación.

SILICEO.

RETAZO

Recorriendo en la historia el período de la Edad-Media, durante el cual todos los elementos del orden social no presentan sino desórdenes y confusión, no se acierta a ver cómo podrá salir de ese caos una civilización nueva; pero muy pronto en toda Europa comienzan a fijarse los límites de los Estados; las nacionalidades se dibujan poco a poco, y aparecen finalmente muy distintas cada una con el espíritu, las costumbres, los usos; los intereses generales que constituyen su carácter propio y su genio.

Desde entonces, en cada Estado, como la lengua del pueblo, cualesquiera que sean su rudeza e irregularidad, es la de que se sirve el mayor número para expresar sus necesidades e ideas, se convierte necesariamente en el lenguaje de los negocios, de los documentos públicos de todas las artes industriales y mecánicas.

Era preciso hablar la lengua del pueblo cada vez que se quiso influir en las muchedumbres.

Por medio de discursos en lengua vulgar se consiguió sobrecitar, en el seno del pueblo, ya el amor de la independencia, la emancipación de los Municipios, la libertad del trabajo, el nacimiento de la poesía y de la literatura moderna.

Los hombres elegidos por el pueblo para fijar los verdaderos principios de la moral de la razón, procedieron entonces a realzar el objeto sagrado de su encargo; y después de un largo examen, habiendo descubierto un principio universal y fundamental, se levantó un legislador y dijo al pueblo: «He aquí la base primitiva; el origen físico de toda justicia y de todo derecho.»

JESÚS.

LA PRISIONERA DEL ENSUEÑO

Castellana, castellana,
la del palacio señor
de roto escudo y solana,
yo sé que pasa el amor
sin llamar a tu ventana.

Yo sé la angustiosa pena
que tu secreto martirio
pone en tu frente serena,
en tus manos de azucena
y en tus ojeras de lirio.

Tu corazón olvidado
se apaga, como un rosal
en el huerto abandonado,
bajo el regío artesonado
de tu casa señorial.

Sólo el ensueño hechicero
del nuevo sol de mañana
es tu amante compañero,
como galán caballero
que te trova en la ventana.

En el marchito esplendor
de tu muerto poderío,
esperas al fiel señor
que te ofrezca con su amor
su blasón y su albedrío.

En la linde polvorosa
de la blanca carretera
que se pierde silenciosa,
ves temblar, como una rosa,
el airón de su cimera.

Y a las vivas llamaradas

CERVEZA DALIA

De venta en todos los cafés, kioscos, bars y demás establecimientos de bebidas.

BOTELLA GRANDE: O'60 PTAS.

Depositario exclusivo: D. ESTEBAN FORÉS - Colón, 33

de un crepúsculo glorioso, ves sus cifras blasonadas junto al mote victorioso de sus armas pavorosas.

Prisionera del ensueño, la roja llama del sueño tu vida consumirá... ¡Aunque esperas a tu dueño, nunca tu dueño vendrá!

Desde el florido balcón donde ves enamorada flotar el gallardo airón, seguirás viendo engañada el azul de una ilusión.

¡Pobre virgen sin altar la que sueña en el olvido con la gala de un cantar, con un corazón herido y unas flores de azahar!

¿Por qué un galán trovador no deja con sus canciones, la promesa de una flor en los abiertos balcones de las tristes sin amor?

Castellana, castellana, de la casa señorial, yo te pondré en la ventana la música más galana de mi mejor madrigal.

JOSÉ MONTERO.

LITERARIAS

LULÚ LLAMA AL DOCTOR

En kimono y chinelas, recostada en su canapé indolentemente tras el blanco biombo de seda pintado de crisantemos y de garzas, Lulú está leyendo a Aretino. Uno de sus piecitos, con apresurado movimiento, cabalga, nervioso, en el aire sobre el taburete turco en que el otro se apoya; a sus labios, frunciéndolos en u, asoma un mohín de disgusto, y sus dedos, constelados de gemas, pasan con rapidez y displicencia, en un mudo chisporroteo de cambiantes destellos, las páginas del libro. Bosteza al fin, la lectora, y, enderezándose en el asiento, arroja casi con ira el pequeño volumen sobre una marquesita. Luego, guiñando los ojos y acercándose los impertinentes que suspende del cuello, mira, el reloj de bronce que, entre dos altos bácaros y ante una radiante luna veneciana, preside, bajo fanal, la chimenea.

Las cinco. Lulú arruga el entrecejo, da una patadita en el suelo y, tras darse un minutito pensativa—el pecho y la frente erguidos y cerrados los ojos—, arrastra malhumoradamente junto a sí una mesita volante. Recordada en ella, enciende en la vigilante chufleta, con regalada pausa, un esbelto cigarrillo de papel ambarado.

La lluvia repiquetea en los cristales, y el viento, que viene contra ellos a estrellarse en ráfagas lastimeras o gruñentes, alarga y retrae las llamas de los leños en el henchido hogar de mármol.

Mirando aburridamente hacia la calle, desierta bajo el chubasco otoñal, Lulú se pregunta a dónde ir, qué hacer en esta horrible tarde somnolenta y fangosa. Nadie la espera hoy, ni espera a nadie. Su buena amiga Coloma, de viaje; el conde, su buen amigo, de caza, y Paquito, el amigo del conde, forastero. No hay otra solución que resignarse a permanecer en casa... Sin embargo... No; ella no se resigna a resignarse más que en último extremo, cuando decididamente ya no es posible otra cosa; y ahora cabe tocar el timbre, ordenar que enganchen el tronco, hacerse calzar las botas—unas primorosas botas con fina caña de gamo y aun espolvoreadas de talco—, consultar el vestuario y..., volviendo a oprimir el timbre ordenar que desenganchen. Sí. La señora, por fin, no sale. Definitivamente.

Y haciendo un cariñito a su *King Charles*—que, desde un *puf* floqueado de oro, ha asistido a las vacilaciones de su ama con política atención—, va a examinar el termómetro en el parteluz de uno de los balcones; contempla por unos momentos, recorriendo un visillo, la calle solitaria, cubierta de hojarasca y de barro, y vuelve a su canapé contritamente. Una suave congoja le sube a la garganta, y, abatidos en éxtasis los ojos, en que se ha evaporado una lágrima, Lulú, ensimismada en el recuerdo, sonríe melancólicamente.

Fue en los días dorados—¡tan recientes y a la vez tan remotos!—de sus veinte primaveras. El amor se inclinaba a su oído, y con él emparejada corría todas las tierras con el vuelo voluble, aturrido y sin rumbo de las mariposas. Sus manos, impacientes, pasaban las hojas del *Baudelaire* como los niños las de los *magacines*. Un día en París: el bosque, el bulevar, Nuestra Señora, Moulin Rouge, los museos; a la mañana siguiente, Saint-Cloud: un almuerzo galante de novela psicológica; luego, en fin, el parque y los salones de Versalles, con sus magnificencias, y Fontainebleau, con sus umbrías. A otro amanecer, en Suiza: los *chalets* rodeados de abetos, los lagos de aguas obscuras entre las montañas resplandecientes de nieve, las pistas de hielo de Montreux, de Saint Maurice, de Murren, y los heleros de Chamonix, en Mont Blanc. Y una noche en el transalpino, sus párpados, cargados de sueño, se cerraban al paisaje nevado para abrirse, tras el viaje de unas horas, bajo el cielo, luminoso y sereno, de la riente Costa Azul... Después, sucesivamente,

el Tiber, las viñas del Vesubio, las palomas de San Marcos, el aura secular de Grecia, los bazares de Esmirna, los lugares de Tierra Santa, las ruinas legendarias de Tebas; otra vez las palomas, sobre los alminares de Egipto y de Túnez, y el Mediterráneo otra vez. Luego Triana y el Albaicín; la Alhambra y el Alcázar; el Generalife y la Giralda; los cármenes y los arrayanes; el mirador de Lindaraja, la procesión del Rocío y el agua de las fuentes de Granada, los fados, las cantañas montañosas, acariciador deo del bable, los zorcicos; los pinos de las Landas, los risueños viñedos bordeleses, el Cantábrico; al desembarcar, los *dochs*, los *squares*, los suburbios y los alrededores de Londres; las viejas abadías, las carreras de caballos, el grato recogimiento de las capillas presbiterianas, las récovas hopeantes de las cabalgatas cinegéticas, y, surcado el Atlántico, los pozos de petróleo, la galería bajo el Niágara, la Quinta Avenida neoyorkina, la Manigua, las Pampas, la ascensión a los Andes, por último...

Lulú suspira, nostálgica. En torno suyo, sobre el veladorcillo de laca japonesa que osténtase en el centro, sobre las rinconeras, en el impoluto marmorado de la estancia, mil caprichosos objetos le hablan de los distantes países recorridos en días venturosos: conchas y azulejos pintados, inmensas caracolas, panderetas con cintas y madroños, minúsculos tapices, platos de bellos esmaltes o de prodigioso repujado, joyeros de sutil filigrana, exóticas armas nieladas, cofrecillos de rica taracea y de maderas olorosas, álbumes, portarretratos, bomboneras, floreros y reliquias; el precioso *inre* comprado en el bazar persa y la diminuta Biblia de bolsillo adquirida en un bazar de Sión; perros, bebés, amorcillos, dioses, ninfas, payasos, todo un mundo de estatuillas figurinas: y en las gavetas del hidalgo vargueño, en costosos estuches, la magnífica colección de abanicos—nácar, pluma, seda y concha—, perfumados y misteriosos como una noche de los trópicos, y que, al ser agitados, parece que aroman el aire con las brisas de las playas remotas...

Arpegiando lánguidamente en el piano, Lulú quiere borrar ahora la visión placentera y acallar amados ecos. Ha invadido su alma una desoladora tristeza. La angustian deseos sin nombre, imprecisos, y siente, al mismo tiempo una infinita desgana, un aborrecimiento desdeñoso hacia todo. Siéntase ante el músico y durante diez minutos rebusca entre los cuadernos algo que, por el anhelo que muestra en encontrario, contraríale no hallar. De súbito, suspensa, se detiene; ha olvidado lo que estaba buscando, y desiste, hastiadamente, de la empresa. Y como ante el balcón la estremezca un escalofrío, da luz a las tulipas del gabinete y en un espejillo de mano, preocupada se contempla largo rato la lengua.

Luego, olvidada de su *posible* malestar, o para distraerle, siéntase a su escritorio y, en linda letra *carrée*, pausadamente, escribe: «Queridísimo Paco.» Y se para gran espacio a pensar: Mas no se le ocurre otra cosa, y con disgusto, titubeando unos instantes, encabeza otro pliego «Alfredo mío.» Tampoco esta vez acierta qué añadir al encabezamiento. Y de nuevo extendiendo otro

papel, empieza: «Queridísimo Paco.» Pero, resueltamente, no se le ocurre nada. Decididamente está enferma. Un malestar indefinible, vago, la sofoca. Con perezosa lasitud, llegando ante el espejo de la chimenea, otra vez, mientras se esponja los rubios rizos del flequillo, contéplase la lengua: Luego, a pasitos cansados, felinos, acércase al canapé, enciende otro cigarrillo, se oprime suavemente las sienes y, descolgando el auricular del teléfono, con voz quebrada y mimo, llama, cariacontecida, al doctor.

MANUEL GALÁN.

LA ÚNICA ESPERANZA

Lugar de la acción cualquiera calle de cualquier distrito.

Personajes principales:

la «pareja» de servicio, un hombre que, veloz, huye, y otro que demanda auxilio. —¡Socorro!... ¡Guardias!... ¡A ese!... ¡Que me robó un panecillo!...

Los guardias lo oyen, y siguen inmóviles en su sitio.

—Petronilo, ¿has escuchado?

—Escuchélo, Ceferino.

—¿Qué hacemos?

—Seguir neutrales.

Es nuestro deber.

—Bien dicho.

¡Mía qué pedir que detengan al pobre que ha substraído un poco de pan!... ¡Té «miga»! —¡Será un «largo»!

—Entonces, chico,

la miga será muy poca.

—Tienes razón, Petronilo.

—¡Tú es corteza!

—¡Y que lo digas!

Tú es corteza... y «ladroncico», si somos los defensores de la Justicia, yo opino que, si uno roba, debemos dejarle, porque es ridículo llevar a unos a la cárcel mientras que otros, más tranquilos, agarran *túo* lo que pueden y la gozan de lo lindo. Debemos ser *túos* iguales, ¿No es esto justo?

—¡Justísimo!

Però, oye, tú, si dejamos que *túos* hagan su capricho, esto nunca va a arreglarse, y se pondrán los artículos comestibles por las nubes. —¡Ojalá fuese ahora mismo la subida!

—¿Pa qué? Dime.

—Pa que acabara el conflicto.

—¿Si? ¡No le veo la punta!

—¡Toma! Pues es bien sencillo.

La esperanza que nos queda a los que no somos ricos, es esa precisamente.

—¿Cuál?

—Que *túo* lo alimenticio esté por las nubes pronto.

—¿Por qué razón, Ceferino?

—Porque estando *por las nubes* las patatas, el tocino, los garbanzos y la carne, tendrá que *llover*... ¡coçido!

ADOLFO SANCHEZ CARRERE.

GRAN TINTE A VAPOR de MANUEL del RIO

Se garantiza al público toda clase de tintes de pura ANILINA.

ESPECIALIDAD EN LUTOS

Tintados y planchados en 24 horas.—Trajes limpiados y planchados, CUATRO pesetas.

NO EQUIVOCARSE - GONZALEZ CHERMÁ, 111 - CASTELLON

DISPONIBLE



En la IMPRENTA de

Pedro Bastida

se hacen toda clase de trabajos comerciales y para oficinas.

- CALLE O'DONELL, 18 -
CASTELLON



LA CATALANA

Compañía de Seguros contra incendios y explosiones de toda clase, contra la pérdida de alquileres y de paralización de trabajo a causa de incendio

Se realizan seguros de transportes marítimos, de guerra, sobre la vida y de accidentes del trabajo.

== == == Gran economía en todos los Seguros == == ==

Se recomienda antes de asegurar el consultar primas.

Subdirector: DON FRANCISCO BALAGUER, calle Mayor, números 1 y 3, pisos principal.—CASTELLON.

RUBIO, ARTERO Y GARCÍA

NOVEDADES EN TEJIDOS

GONZALEZ CHERMÁ, 15

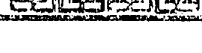
Grandes surtidos en pañería, lencería y artículos de fantasía.

CLÍNICA DENTAL de ANTONIO NICOLAU y JUAN A. NICOLAU

CIRUJANO - DENTISTAS



Operaciones sin dolor,
Anestésicos especiales,
«Yonización»,
Asepsia rigurosa.



Empastes y Orificaciones,
Dientes de espiga,
Coronas
y Puentes de oro.



ECONOMÍA - DENTADURAS DE TODAS CLASES Y SISTEMAS - G. Chermá, 9 - CASTELLON - G. Chermá, 9

ACADEMIA MINERVA

CALLE MAYOR, 13

Director: D. ANTONIO CLIMENT ROIG-Licenciado en Ciencias

Preparación de las asignaturas que comprende el grado de Bachiller, estudios del Magisterio y carreras especiales.

Clases para alumnos de preparatorios de Facultad.

PROFESORADO

DON ANTONIO CLIMENT ROIG (Licenciado en Ciencias Químicas).

DON EMILIO LLOPIS AGOST (Licenciado en Ciencias Exactas).

DON VICTORINO VILLAGRASA ENRICH (Lcdo. en Derecho Civil y Canónico).

DON JOSE RIPOLLES GIL, Oficial de Telégrafos.

PARA INFORMES Y REGLAMENTO DIRIGIRSE AL DIRECTOR

EL GRAN BARATO

PRECIO FIJO

Comercio de Tejidos de JOSE FORES

SUCESOR DE ESTEBAN FORES

En esta casa, además del inmenso surtido de todo lo concerniente al ramo, encontrará el comprador gran variación en SALDOS y RETALES.

NO EQUIVOCARSE - CALLE DE COLÓN, 33 - CASTELLÓN